



Fue hace 100 años...

Tratado de Versalles

Debía ser la guerra que terminara con todas las guerras. Ese era el mandato, la ley que debía cumplirse, el imperativo que emanaba de los escombros, de los cuerpos mutilados y cegados, de la piel abrasada por las bombas. Era la esperanza que Abel Gance dibujó en su película *Yo acuso*¹, en el andar de los cadáveres reanimados de los muertos en el frente. Aunque fuese el deseo silencioso de una población y la ilusión declarada por los gobernantes de los países “trionfantes”, para el economista John Maynard Keynes las condiciones que imponía a Alemania el tratado de paz que estaba por firmarse en Versalles llevaban en sus entrañas la promesa de una nueva guerra. No lo veía así George Clemenceau, primer ministro francés, para quien todas las prescripciones que se hicieran a la nación germana asegurarían la paz: habían sido ellos, y solo ellos, los responsables del conflicto.

Sostenemos, con justa razón, el valor de la crítica como forma de acción, pero, al mismo tiempo, hemos de reconocer que nos asimos con firmeza a relatos o perspectivas que nos ofrecen una mirada segura desde la cual interpretar el mundo. Por ello, somos renuentes a abandonarlos.

¹ *Yo acuso* [J'accuse], de Abel Gance (1919).

Los hechos posteriores a la Gran Guerra dieron la razón a Keynes; sin embargo, esto no significa que su posición haya estado libre de objeciones ni que, quienes las hicieron, no estuviesen convencidos de la legitimidad de sus propias tesis. En última instancia, no hay forma de tener total certeza sobre la validez de muchas de nuestras argumentaciones y decisiones: ¿fue el Tratado de Versalles consecuencia de una ceguera intencional por una parte del liderazgo político europeo o era difícil, casi imposible, predecir el rol que hoy le atribuimos a aquel documento en el crecimiento y ascenso del nazismo y en el posterior inicio de la Segunda Guerra Mundial? ¿Es deseable suponer que la historia es un complejo juego de ajedrez de causas y consecuencias dirigido por maquiavélicos gobernantes o debemos aceptar que, más allá de un cierto mundo de fuerzas sociales que logramos relacionar y comprender, hay una dimensión incierta, una imprevisibilidad en el despliegue de las sociedades que el esfuerzo humano no puede anular? ¿Es acaso la historia una gran maquinaria cuya función es predecible o, por el contrario, como el devenir de la vida en la Tierra, es contingente e imprevisible? No importa tanto dar respuestas que cierren estos problemas, sino ser conscientes de cómo estas cuestiones se hallan presentes en la conmoción que el acto de la enseñanza lleva implícito y asumir su reclamo por un ejercicio del pensamiento y la reflexión. Consideremos, como parte de estas acciones del pensamiento, las palabras del propio Keynes en la introducción de su obra *Las consecuencias económicas de la paz*², publicada en 1919:

La facultad de adaptación es característica de la Humanidad. Pocos son los que se hacen cargo de la condición desusada, inestable, complicada, falta de unidad y transitoria de la organización económica en que ha vivido la Europa occidental durante el último medio siglo.

² Keynes, J. M. (1987). *Las consecuencias económicas de la paz*. Barcelona: Crítica, pp. 9-10. (Primera edición: 1919).

Tomamos por naturales, permanentes y de inexcusable subordinación algunos de nuestros últimos adelantos más particulares y circunstanciales, y, según ellos, trazamos nuestros planes. Sobre esta cimentación falsa y movediza proyectamos la mejora social; levantamos nuestras plataformas políticas; perseguimos nuestras animosidades y nuestras ambiciones personales, y nos sentimos con medios suficientes para atizar, en vez de calmar, el conflicto civil en la familia europea. Movido por ilusión insana y egoísmo sin aprensión, el pueblo alemán subvirtió los cimientos sobre los que todos vivíamos y edificábamos. Pero los voceros de los pueblos francés e inglés han corrido el riesgo de completar la ruina que Alemania inició, por una paz que, si se lleva a efecto, destrozará para lo sucesivo – pudiendo haberla restaurado– la delicada y complicada organización –ya alterada y rota por la guerra–, única mediante la cual podrían los pueblos europeos servir su destino y vivir.

El aspecto externo de la vida en Inglaterra no nos deja ver todavía ni apreciar en lo más mínimo que ha terminado una época. Nos afanamos para reanudar los hilos de nuestra vida donde los dejamos; con la única diferencia de que algunos de nosotros parecen bastante más ricos de lo que eran antes. Si antes de la guerra gastábamos millones, ahora hemos aprendido que podemos gastar, sin detrimento aparente, cientos de millones; evidentemente, no habíamos explotado hasta lo último las posibilidades de nuestra vida económica. Aspiramos, desde luego, no sólo a volver a disfrutar del bienestar de 1914, sino a su mayor ampliación e intensificación. Así, trazan sus planes de modo semejante todas las clases: el rico, para gastar más y ahorrar menos, y el pobre, para gastar más y trabajar menos.

Pero acaso tan sólo en Inglaterra (y en América) es posible ser tan inconsciente. En la Europa continental, la tierra se levanta, pero nadie está atento a sus ruidos. El problema no es de extravagancias o de “turbulencias del trabajo”; es una cuestión de vida o muerte, de agotamiento o de existencia: se trata de las pavorosas convulsiones de una civilización agonizante.

Entre las reparaciones de guerra, se le exigía a Alemania el pago de 132 mil millones de marcos de oro alemanes, 44 millones de toneladas de carbón, la mitad de la producción química y farmacéutica del país, la totalidad de sus cables submarinos y otros bienes durante cinco años. También, la entrega de todos los barcos mercantes alemanes de más de 1400 toneladas de desplazamiento y la cesión anual de 200 mil toneladas de nuevos barcos para restituir la flota mercante dañada a los Aliados. El país perdió territorios como la región del Sarre (bajo la administración de la Sociedad de las Naciones) y la Cuenca del Ruhr, ambos fundamentales para su desarrollo económico, pero también para poder pagar las compensaciones. A las demandas, Alemania respondió con la construcción de la leyenda según la cual no había perdido la guerra, sino que le habían clavado un puñal por la espalda. De todas formas, firmó el tratado.

Como Keynes anticipó, la República de Weimar sufrió una enorme hiperinflación a principios de la década de 1920 que la sumió en una desesperación genialmente retratada en la película de Ingmar Bergman *El huevo de la serpiente*³. Sobre las consecuencias de la paz sellada en Versalles, el historiador Norman Stone dice:

En los últimos días de la primera guerra mundial, durante la discusión de las condiciones del armisticio, Lloyd George ya había intuido el desastre que estalló a continuación.

³ *El huevo de la serpiente* [*The Serpent's Egg*], de Ingmar Bergman (1977).

Sus palabras resultan proféticas: «Si selláramos ahora la paz, dentro de veinte años Alemania dirá lo que Cartago a propósito de la primera guerra púnica: que cometieron este y aquel error, y que, con una mejor preparación y organización, la próxima vez saldrían vencedores». Eso es, más o menos, lo que Hitler dijo en *Mi lucha*: Alemania merecía haberse alzado con la victoria, y lo habría conseguido de no haber sido por la traición, por el sinsentido humanitario y por la voluntad de alcanzar la paz de los traidores de izquierdas. El 10 de noviembre, mientras se recuperaba de un ataque con gases que lo había cegado, escuchó a alguien decir que había estallado una revolución y reaccionó: «No había llorado desde el día que visité la tumba de mi madre... Todo había sido en vano... ¿Había sucedido todo aquello para que una panda de criminales miserables pudieran apoderarse de la madre patria? Cuanto más intentaba entender entonces aquel monstruoso acontecimiento, más bullía en mi interior la vergüenza por algo tan indigno y desgraciado. ¿Qué era el escozor que sentía en mis ojos comparado con aquella miseria?». Y llegó a la conclusión de que «no se puede pactar con los judíos. Sólo los fuertes resistirán: o conmigo, o contra mí». Quedaba expedito el camino para una segunda guerra mundial mucho más terrible que la primera.⁴

Cinco años exactos: es el tiempo que separa el día en que Gavrilo Princip arrojó la bomba sobre el auto del archiduque Francisco Fernando –que dio el empuje al conflicto bélico– de la firma del Tratado de Versalles. Cinco años de muerte en las trincheras y, sin embargo, en todo ese tiempo, la diplomacia no pareció haber aprendido gran cosa. En los 37 días que van desde el 28 de junio al 4 de agosto de 1914, no logró evitar una guerra que resultó destructiva para todos los beligerantes, hayan sido vencedores o hayan sido vencidos.

⁴ Stone, N. (2008). *Breve historia de la primera guerra mundial*. Barcelona: Ariel, pp. 150-151.

El único país que emergió “trionfante” fue Estados Unidos. Con la firma del Tratado de Versalles no solo no se consiguió impedir un nuevo conflicto bélico, sino que probablemente se hayan creado las condiciones para que suceda.

En vísperas de la declaración formal de la guerra contra Alemania en 1914, Edward Grey, secretario del Foreign Office, observaba desde una ventana cómo se encendía el alumbrado público en Londres. Con la mirada perdida en el brillo de las luminarias, le murmuró a un amigo: “Las luces van a apagarse en toda Europa y ya no las volveremos a ver brillar en nuestras vidas”.

Lejos de quedar cristalizado en una centuria que parece lejana, el Tratado de Versalles formula preguntas vitales y les da nueva vida a las palabras del escritor William Faulkner: “El pasado nunca muere. Ni siquiera es pasado”.

Autor

Eduardo Wolovelsky

Biólogo (UBA).

Docente de nivel Secundario y Superior.

Coordinó diferentes programas sobre la enseñanza y el conocimiento público sobre la ciencia.

Editor y autor de diferentes trabajos en el campo de la divulgación de las ciencias, la pedagogía y el cine.

Director de la revista "Scholé. Tiempo libre. Tiempo de estudio".

